

inflexibles sus dogmas para que no pueda confundirse con ninguna otra, y los hizo proporcionados á todos los hombres, y de tal modo, que satisficiesen todas las exigencias y las necesidades espirituales de todos los hombres. Quiso que su religion fuese la de toda la tierra, é hizo flexible su disciplina para que pudiera extenderse por toda ella. Aun el mismo Montesquieu á pesar de su decidido empeño en localizar al Cristianismo (*), lo reconoce así al fin del capítulo 26 del libro XXIV, aunque no tenia mas que abrir los ojos para verle perfectamente acomodado en el Ecuador lo mismo que en los Trópicos.

Rousseau, dando tambien en la manía de localizar las religiones, las justifica todas (1). Sin embargo, tenemos que agradecerle el que, respecto del Cristianismo, se contradijo en otra parte (2), diciendo ser «el Cristianismo una religion *universal* que nada tiene de exclusivo, nada de local, «nada que sea propio de esta ó de la otra region, una *institucion social universal*.» Si Rousseau hubiera sido siempre franco, no lo hubiera perdido ante la posteridad. «Dos acusaciones contradictorias, dice él, refiriéndose á sus censuras, se destruyen por sí mismas, la malignidad es ciega, «y la pasion no raciona.» Precisamente le sucede á él esto en todos sus escritos.

No es ciertamente muy nuevo el prurito de comprimir al Cristianismo como en un aro de hierro, y estrecharle entre fronteras. Esto ya lo pretendieron en los siglos V y VI las escuelas neo-platónicas de Atenas y de Alejandría. Celso en el siglo II reputaba tambien insensato el proyecto de los cristianos de someter á todos los pueblos á su religion. Si la vida del hombre fuera de mas duracion, habria visto como esto era posible.

Por último, y como en resumen de los párrafos anteriores, dirémos con Nonnotte, hábil refutador de los sofistas: «Cualquier hombre desapasionado que con la sola luz de la «razon, exenta de preocupaciones, examine con atencion todas las religiones que han sido abrazadas en el mundo, no

(*) «El espíritu de las leyes de Dios, dice oportunamente Balmes, no «debía encerrarse en el estrecho círculo que intentara señalarle el «*Es-
píritu de las leyes de Montesquieu.*» (El Protestantismo, etc., cap. 39).

(1) *Emilio*, lib. IV.

(2) *Cartas de la montaña*.

«podrá menos de convenir en que ninguna de ellas es tan «augusta, tan divina, tan pura, y tan propia para formar «virtudes verdaderamente grandes, para honrar al género «humano, y para hacer feliz la sociedad, como la religion «de Jesucristo (1).» Un oráculo pagano que fue consultado sobre qué pueblos eran los que adoraban al verdadero Dios, respondió por permission divina:

«Soli Chaldæi sapientiam sortiti sunt et Hebræi,
«Per se genitum Regem, colentes Deum ipsum.»

Y como la religion mosáica era la misma que la de Jesucristo, en cuanto á la esencia, ó mejor dicho, era su exordio y preparacion, síguese que hasta por confesion del Paganismo, la religion cristiana es la única religion verdadera. San Justino recordaba á los paganos este suceso que ellos mismos habian divulgado (2).

CAPÍTULO III.

DE LA RELIGION CRISTIANA EN RELACION CON EL TALENTO, CON LAS LUCES Y CON LA CIENCIA.

§ I.— *La religion cristiana no puede menos de ser la religion del sábio desprecupado y franco.*

Sábio y ateo, sábio é incrédulo, sábio é idólatra, sábio y mahometano, sábio y protestante son cualidades opuestas entre sí, y que solamente la mas refinada hipocresía puede reunir en una persona; hipocresía motivada, ora por el despotismo de las pasiones que le dominan, y de las cuales no puede desasirse, arrastrándole á sus sugerencias á pesar de la íntima conviccion que abriga de su perversidad, echándose como desesperado en sus brazos; ora por el ambicioso deseo de conservar el puesto ó destino que obtiene en la sociedad, y que perderia si abjurara la religion cuya falsedad conoce, ó ya por un honor mal entendido, ó peor concebidos respetos humanos. ¡Cuánto hay de esto por desgracia (*)! De todas las defecciones y apostasias que se han he-

(1) *Diccionario filosófico de la Religion*, artículo *Creacion*.

(2) «Ut ipsi narratis... sic oraculum dicitis respondisse, etc.» (*Cohortatio ad Græcos*, n. 11).

(*) Leibnitz es un triste ejemplo. Sus obras póstumas acreditaron

cho de la religion católica á la reformada, ni una sola se nos podrá presentar que no haya sido motivada por el orgullo, por la ambicion, por la envidia ó por el resentimiento.

En buen hora que estos hombres disfracen su verdadera opinion religiosa; en buen hora que hagan traicion á sus intimas convicciones: su razon les dice — confesad francamente que conoceis ser la religion católica la única verdadera; — pero las pasiones contestan á la razon, — ¡ah! les tenemos harto aprisionados para que se atrevan á hacer una confesion tan franca; y la hipocresía dice, á su vez, á la razon y á las pasiones — os contentaré á ambas, y lo arreglaré todo haciendo que vuestros hombres reconozcan y aprecien en su corazon una religion y profesen otra. Ni podemos creer que antes de la venida de Jesucristo hubiese un solo hombre de talento que fuese pagano ó ateo especulativo, ni que despues de Jesucristo haya existido ni exista un solo talento gentil ó incrédulo, mayormente si tiene alguna noticia del Cristianismo y de sus doctrinas. Por manera que para nosotros lo mismo Ciceron que Voltaire fueron la hipocresía personificada, puesto que no nos podemos resolver á reputarles necios. Persuadido de esto Lactancio acusa de pecado gravísimo al famoso orador romano y á otros filósofos sábios, porque habiendo alcanzado la verdad, la ocultaron á los pueblos y obraron como ellos (1). Es, pues, ab-

que era mas protestante en el nombre que en la realidad. Este genio no podia ser protestante sin ser hipócrita, ó sin hacerse traicion á sí mismo.

(1) «Sed quid prodest ad vulgus et ad homines imperitos, hoc modo concionari? cum videamus etiam doctos et prudentes viros, cum religionum intelligant vanitatem, nihilominus tamen in iis ipsis quæ damnant colendis, nescio qua pravitate perstare. Intelligebat Ciceronem falsa esse quæ homines adorarent. Nam cum multa dixisset quæ ad eversionem religionum valeret, ait tamen non esse illa vulgo disputanda, ne susceptas publice religiones disputatio talis extinguat. Quid de eo facias, qui cum errare se sentiat ultro ipse in lapides impingat, ut populus omnis offendant? ipse sibi oculus eruat ut omnes cæci sint? qui nec de aliis bene mereatur, quos patitur errare, nec de se ipsa qui alienis accedit erroribus, nec utitur tandem sapientiæ suæ bono ut factis impleat, quod mente percepit, sed prudens et sciens pedem laqueo inserit, ut simul cum cæteris quos liberare ut prudentior debuit, et ipse capiatur? Quin potius, si quid tibi, Cicerone, virtutis est, experire populum facere sapientem: digna res est, ubi omnes eloquentiæ tuæ vires exerceas. Non enim verendum est ne te in tam bona causa deficiat oratio, qui sæpe etiam malas copiose ac fortiter defendisti. Sed nimirum Socratis carcerem times, ideoque patrociniū veritatis suscipere non audes. At mortem, ut sapiens, con-

solutamente imposible que sea sábio ni posea talento el que por *conviccion* deseche la religion cristiana. Oigamos lo que sobre este particular dice muy oportunamente el abate Lamourette:

«Les falta á los filósofos conocer que la incredulidad desdice del honor y de la filosofia, y que cualquiera que esté «dotado de un talento fino, de un juicio recto y de buen «razon ha de sostener el espíritu del Evangelio é interesarse «en los progresos de su reinado en este mundo (1).» Y mas adelante (2): «Nunca me cansaré de repetir que el hombre de bien, el virtuoso, el buen ciudadano, *el verdadero sábio* es esencialmente cristiano en su corazon, y que cuanto mas se analiza el grande y sólido carácter que distingue el Evangelio y sus universales ventajas para la paz «y la felicidad del mundo, lo cual le hace el único libro digno de ser el código de todos los Gobiernos de la tierra, tanta «mas dificultad cuesta suponer *buenas intenciones* en los que «le combaten, y encontrar la línea que separa á un filósofo «irreligioso de un peligroso y mal ciudadano.»

Recordarémos por último con Mr. Augusto Nicolás un hecho que prueba incontestablemente nuestra asercion, y es «que en general todos los verdaderos filósofos y todas las inteligencias privilegiadas que han existido en el mundo, todo cuanto ha descollado entre los hombres se ha apoyado «en la fe cristiana. Los representantes mas nobles de la razon, los conductores de la humanidad han sido apóstoles ó «discípulos de Jesucristo (3).» (*).

«temnere debuisti. Et erat quidem multo pulchrius, ut ob bene dicta «potius quam ob maledicta morereris. Nec plus tibi laudes Philippicæ «afferre potuerunt, quam discussus error humani generis, et mentes «hominum ad sanitatem tua disputatione revocatæ.» (*Divinar. institut.* lib. II; *De origine erroris*, cap. 3).

(1) *Delicias de la Religion*, prefacio.

(2) Pág. 272.

(3) *Estudios Mosáicos sobre el Cristianismo*, tomo 3, pág. 329.

(*) «¿Qué prueba de la verdad del Cristianismo! Porque al fin, esos «mismos talentos que en todas las cosas tributaron culto á la verdad, «que vivieron en su estudio y contemplacion, que emplearon en su investigación todas las fuerzas y todo el desinterés de que el espíritu humano es susceptible; que en sus hermosos descubrimientos, y en «sus grandes trabajos en metafísica, en moral, en matemáticas y en «ciencias naturales manifestaron que sabian conocerla y encontrarla, «á los cuales las debemos, y que son para nosotros como sus canales; «esos mismos talentos, repetimos, reconocieron que el Cristianismo «era la verdad, la verdad misma; lo proclamaron, lo profesaron, y no

§ II.—*En la religion cristiana se apoya la fama de los filósofos del gentilismo.*

Entre los filósofos de la gentilidad, los que en todos tiempos han sido reputados los mas sábios son aquellos que se aproximaron con sus doctrinas á las que despues promulgó el Evangelio. Algunos tomaron de la Biblia doctrinas que vendieron por suyas, como les echa en cara Clemente de Alejandría (1), llamándoles ladrones, aplicándoles como á los falsos profetas aquellas palabras de Jesucristo: *Omnes qui me præcesserunt fures erant et latrones* (2).

Aquellos filósofos que dirigieron sus esfuerzos á suavizar las costumbres, á desarrollar la libertad y demás derechos naturales y civiles de los hombres, á interesar á la humanidad en el alivio y socorro del necesitado, en el amparo del huérfano, en la proteccion del desvalido: aquellos que llegaron á conocer la futilidad de las riquezas de este mundo y la hermosura y bellezas de la virtud, fines todos precisamente á que tiende el Evangelio, fueron siempre y son hoy con razon y con justicia entre los filósofos de la antigüedad los mas celebrados. Ciceron, Platon, Sócrates, Pitágoras, son una prueba incontestable de esta verdad. Estos hombres, que por otra

«solo con sus escritos, sino con sus acciones; hicieron de él el motivo capital de sus estudios y de su conducta, y se quiere que se hayan equivocado, equivocado hasta tal punto, y que á pesar de este error fundamental, ó mas bien, por la influencia de este error hayan descubierto la verdad en todo lo demás...

«No tenemos necesidad de hacer observar que el reducidísimo número de talentos superiores que han hecho profesion de incredulidad no debilita esta verdad; antes al contrario la confirma, pues es muy evidente por la comparacion de su carácter y de sus escritos con los de sus nobles adversarios que el furor por distinguirse, la inmoralidad, la envidia, el odio, y todas las viles pasiones que conducen al error y le hacen necesario fueron las raices de su incredulidad, y por otra parte que á pesar de estas poderosas causas de ceguera, á pesar de los empeños formados, y á pesar de la confusion de retractarse, dieron al mundo el espectáculo de las mas chocantes palinodias, y confesado mil veces contra sí mismos la fuerza invencible de la verdad que se habian propuesto destruir.» (*Augusto Nicolás, ibid.*).

(1) «In hoc autem latrones et fures fuerunt Græcorum philosophi, quod cum ante Domini adventum à Prophetis Hebræis quasdam partes veritatis sumpserint, id minime aquiescentes, sibi tanquam propria dogmata attribuerunt, at alia quidem adulterarunt, alia autem supervacanea quadam diligentia imperite ac sophistarum more interpolarunt.» (*Stromat. lib. I, cap. 17.*)

(2) Joan. X, 8.

parte no estuvieron exentos de extravagancias y de absurdos, se elevaron con su talento sobre la pública conciencia de aquellos tiempos, y quisieron ya como columbrar las doctrinas del Cristianismo desde la distancia en que se encontraban. Platon es llamado por algunos *el prólogo humano* del Evangelio. Fueron hombres nacidos muchos años antes de el en que se debió verificar su nacimiento. ¡Qué apologistas del Cristianismo hubieran sido! Estribando como estriba su celebridad en profesar doctrinas aproximadas á las del Evangelio, nada exageran los que dicen que un niño cristiano que aprende el Catecismo, ó un hombre sencillo pero buen cristiano, son mas sábios que todos los antiguos filósofos juntos (1).

Sin embargo, las sanas doctrinas de aquellos filósofos, que no eran plagio de los Libros santos, tampoco eran resultado de sus investigaciones filosóficas, como advierte muy bien Lactancio, ni conocimientos conquistados solo por su *razon*, sino el efecto de la fuerza divina de esas grandes verdades enseñoreadas de todos, hasta de los mas rebeldes, y de la luz divina de esas mismas verdades que lo alumbraba todo, hasta los corazones voluntariamente ciegos (2). Pero es una exageracion impía la de esos incrédulos á quienes refutó Bergier (3), que afirman que de los escritos de aquellos filósofos podia extractarse un sistema de religion tan perfecto y mas útil que el Evangelio. Es además un absurdo filosófico, consistente en elevar al efecto sobre la causa, opuesto á un principio admitido por todos como que procede de la naturaleza (4); y es por último una ingratitud monstruosa igual á la del hijo que se levanta contra su madre.

Permítasenos aquí, pues que se ofrece oportuna ocasion, dirigir algunas palabras á los filósofos de la moda, los cuales no advierten que con su empeño en emanciparse del Evangelio han de convertirse en filósofos del Gentilismo, y que despreciando esas mismas luces cuyo lejano reflejo inmor-

(1) «Initium sapientiæ timor Domini.» (*Psalm. CXV, 9.*)

(2) «Non quod illi habuerint cognitam veritatem, sed quod veritatis ipsius tanta vis est, ut nemo possit esse tam cæcus qui non videat ingentem se oculis divinam claritatem.» (*Divin. institut. lib. I; De falsa religione, cap. 5.*)

(3) *Tratado histórico y dogmático de la Religion*, tomo 1, pág. 116.

(4) «Propter quod unumquodque est tale et illud magis.»

talizó á los Cicerones y á los Platones, han de atascarse en el lodazal inmundo y tenebroso cáos de los Aristipos y Epicuros.

Si la antigua filosofía fue sábia cuando se aproximó á las verdades del Cristianismo, ¿ cómo sostienen los sofistas modernos que el Evangelio se opone á la verdadera filosofía? Si los sábios filósofos antiguos vislumbraron con sus luces naturales, con su talento y con la razon la doctrina evangélica, ¿ cómo se atreven á asegurar que estas doctrinas pugnan con nuestra razon? ¡ Qué inconsecuencias tan marcadas y qué contradicciones tan manifiestas! La razon y la doctrina evangélica son hermanas, idénticas, mútuamente se responden, se prohijan y se apoyan. La doctrina evangélica puede definirse con toda propiedad «*la razon natural humana*» hasta cierto punto, y la razon *sobrenatural y divina* desde «*allí para arriba*.» ¿ Podrán sino probarnos que la filosofía, la filosofía verdadera, varia con el transcurso de los siglos, y que la que entonces fue sábia es ahora necia, supersticiosa y ridícula? ¿ Se servirán explicarnos esta transformacion, vejez y muerte de la filosofía ó de la verdad, como el hombre que nace, crece, envejece y muere, ó como el edificio que cae derruido por la injuria de los tiempos y el transcurso de los siglos? ¡ Cuántos absurdos! Admiran y apellidan sábios á Sócrates, Platon, Aristóteles y Ciceron, y al mismo tiempo repudian como retrógradas, ó por haber hecho ya su carrera las doctrinas del Cristianismo, cuando precisamente la aproximacion á ellas es lo que inmortalizó, lo que hizo célebres, lo que á ellos mismos inspira la admiracion hácia aquellos filósofos! ¡ Cuántas inconsecuencias! Pero quizás digan que no los apellidan sábios por el lado que concuerdan con el Evangelio, sino por los opuestos; mas en este caso debieran merecerles, con preferencia á ellos, el concepto de sábios los cínicos y epicúreos; y así es efectivamente para muchos discípulos de la escuela ecléctica y la del progreso.

Hasta aquel punto que el Evangelio continúa siendo la razon natural y humana todo va bien, ninguna oposicion hallan en él con la filosofía los sofistas modernos, menos incrédulos y menos enemigos del Cristianismo. Pero por lo que de allí para arriba toma el Evangelio el carácter de razon sobrenatural y divina, ya es este contrario á la filosofía. Por manera

que para estos razonadores, si no hubiera misterios no habria oposicion. Extraño modo de discurrir. No es lo mismo oponerse á una cosa que elevarse sobre ella. El Evangelio no se opone entonces á la razon, sino que la supera; es que la razon se siente fatigada, y la fe que la acompaña avanza dejándola á la mitad del camino: es que llegó el Evangelio al punto donde ya se revistió del carácter exclusivo de razon divina, y ya no le alcanzamos con nuestras propias fuerzas. ¡ Hombre miserable! confiesa tu limitada capacidad, y no atribuyas impiamente sus efectos é impotencia á la imposibilidad de los mas sublimes y augustos misterios, á la falsedad de una doctrina que te ennoblece y dignifica, y de una religion que te eleva y ensalza! Pues qué, porque un niño que conversa con un hombre no alcance con su tierna capacidad las razones, las causas, la conexion y las relaciones de unas cosas con otras, ¿ se ha de decir que el hombre se opone al niño? Pues esto es precisamente lo que dicen los sofistas al afirmar que el Evangelio se opone á la razon. Allá en la antigüedad confundió ya Sócrates á los escépticos de todos tiempos: «*Estos hombres, dice (1), injustos é irracionales en vez de acusarse á sí mismos de estas dudas (era un cáos la moral, y él pasa por su fundador entre los griegos), ó de acusar de ellas á sus escasas luces, las atribuyen á las mismas razones contra quienes conciben un odio eterno, creyéndose mas hábiles é ilustrados que los demás, porque se imaginan ser los únicos que han comprendido que en todas estas materias nada hay verdadero ni seguro.*» Parece que tenian fija la vista en nuestros deistas y razonadores, los cuales pueden ver de paso, para que no se envanezcan, que el escepticismo filosófico y religioso no es muy moderno, y que ni siquiera les pertenece el triste mérito de la invencion.

§ III.— *El Cristianismo dilató la esfera de los conocimientos humanos, dió una expansion enorme á la imaginacion del hombre, y desarrolló y fijó todos los principios, sacándolos del cáos y de la confusion.*

Encerrado el talento del hombre dentro de los estrechos límites de la razon, y de una razon esclava y subyugada por

(1) Platon en el *Feáon*.

las pasiones, luego que es iluminado por el Evangelio sacude presuroso el yugo de las mismas, traspasa ó hace mas allá los límites de su talento hasta entonces comprimido, y descubre un inmenso campo en que ejercitarle. «Ya pasaron las tinieblas y luce la verdadera luz (1).» El Evangelio, cuya mision (después de allanarnos el camino de la felicidad eterna) es de hacernos recuperar cuanto podemos de todo aquello que por la prevaricacion adamítica perdimos en el órden natural, tiende á difundir, reorganizar y esclarecer nuestras facultades intelectuales oscurecidas y amortiguadas por el pecado (2).

Las ciencias y las artes recibieron una expansion asombrosa con la aparicion del Evangelio. Ante el Pentateuco, sin embargo de no ser aun perfecta la ley que contiene, se eclipsaban las legislaciones mas sábias de Grecia y de Roma. Moisés sobrepuja á Homero, ¿qué decimos? el mas mínimo pasaje, una sola palabra de la Biblia eclipsa toda la moral y la filosofía de los antiguos filósofos y de los modernos sofistas. En fin: «lo que es una brillante antorcha en un lugar oscuro, lo que es el astro del día cuando despide las «tinieblas y las sombras de la noche, eso ha sido en el mundo la religion cristiana (3).»

No obstante, se ha hecho crónico y sistemático el empeño de repudiar el Evangelio, que es precisamente la perfeccion de aquella sabia ley antigua, como depresivo de la razon y enemigo de su ejercicio y de sus investigaciones; de tal manera que ha llegado á hacerse proverbial entre los que suscriben sin vacilar á semejantes desvarios, aquello de que «el Evangelio corta los *vuelos al talento y al ingenio.*» ¡Injuria sacrilega y blasfema! El Evangelio que vino á restaurar completamente al hombre, vino á curarle las heridas que por su prevaricacion recibió en sus facultades naturales, y una de estas heridas era la ignorancia. Nadie puede negar la solicitud, la insistencia, y hasta el imperio y las amenazas de que echa mano el Evangelio para impeler al hombre á que refrene la malicia de su voluntad, presentándole para ello infinitos medios, y levantando poderosos diques á las pa-

(1) «Tenebræ transierunt, et verum lumen jam lucet.» (I Joán. VIII, 2).

(2) «Ut aperires oculos cæcorum, et educeres de conclusione vincetum, de domo carceris sedentes in tenebris.» (Isai. XLII, 7).

(3) Nonnotte, *Diccionario Mosáico*, artículo *Cristianismo*.

siones que la mueven al mal. Pues bien; el Evangelio, que parece quiere introducirse en el corazon del hombre y extirpar de él la malicia, ¿habia de querer aumentar su ignorancia? ¿no ha dado lugar entre las obras de misericordia y de caridad al consejo, á la correccion y á la enseñanza? ¿es sino, por ventura, menos digno de misericordia á los ojos divinos el entendimiento del hombre que su voluntad, para que con una mano castigue á aquel y con otra restaure á esta? Precisamente la prevaricacion adamítica fue obra mas de la voluntad que del entendimiento.

¿Quién tendrá la audacia de considerar á Jesucristo tan insensato que por una parte quisiese levantar al hombre caído, y por otra abatirle mucho mas? ¿que quisiera curarle unas llagas, y renovarle y recrudecerle otras? ¿Quién será tan impío que se persuada que Jesucristo, cuyo amor hacía los hombres llegó hasta morir por ellos, se complazca en aumentar sus miserias aumentando su ignorancia? Constituyendo la ignorancia del hombre una gran parte de su infelicidad temporal, ¿hará alguno á Dios la injuria de persuadirse que no quiso que aquel consiguiese su felicidad eterna de otro modo que haciéndose mas y mas infeliz en esta vida? ¿habrá alguno que tan mezquino concepto forme del poder ó de la bondad de Dios, que se persuada que esto no pudo ó no quiso hacerlo de otro modo? Nada menos que eso. La redencion del hombre por Jesucristo fue universal, omnimoda, completa. Fue la redencion eterna y la redencion temporal; la redencion del alma y la redencion del cuerpo; la redencion eterna, abriéndole las puertas del cielo; la redencion temporal, alargándole infinitos medios para ser feliz en la tierra; la redencion del alma, restaurando sus facultades, y la redencion del cuerpo, refrenando sus pasiones. *Instaurare omnia in Christo* (1).

Dios se dignó disponer en su infinita misericordia hácia el hombre que aquellos medios que le puso delante para que consiguiese la felicidad eterna, fuesen los mismos que con su práctica y en su práctica hallase la temporal. ¿Es Dios, por ventura, enemigo de la verdadera felicidad temporal del hombre, para que quiera que no pueda ser eternamente feliz sino haciendo el sacrificio de su dicha en esta vida? No: y así lo iremos viendo mas detalladamente en el curso de la

(1) Ephes. I, 10.